

25 años: ¿punto final o punto de partida?

En la calle encuentro a Fernando Josseau. Le pregunto por sus actividades.

"Vengo llegando de Argentina. Estuve viendo salas para estrenar ahí una nueva obra."

"¿Por qué en Argentina y no en Chile?"

A Josseau parece molestarle la pregunta. Vacila un instante y luego dice con un dejo de amargura:

"Aquí el teatro está muerto. Nadie parece interesarse por nada. No hay ni curiosidad ni inquietud. Las obras pasan desapercibidas, los actores ensayan sin entusiasmo, el público que va al teatro lo hace para matar la tarde. No vale la pena estrenar aquí." Y, como para cambiar de tema, me pregunta a su vez: "¿Y tú, estrenas luego?"

"Sí. Creo que en Agosto."

"Lo dices sin entusiasmo."

"¿Y...? ¿Qué quieres?"

Los protagonistas de este diálogo son dos dramaturgos chilenos, cuya actividad como tales la iniciaron al comienzo de la década del cincuenta. El lugar, la calle Moneda. La fecha, Junio de 1966. El mes y año en que el Instituto del Teatro, ex Teatro Experimental, cumple 25 años de vida.

Dice el adagio popular que para muestra, basta un botón y el diálogo sumariamente transcrito, es sintomático. Este mes se han escrito y se han dicho muchas palabras en honor a los 25 años del Instituto del Teatro y nadie puede negar que son palabras de verdad. El nuevo movimiento teatral chileno nace con el Teatro Experimental, nadie que haya participado en la vida escénica durante los últimos 25 años puede negar que ha sido marcado por el movimiento que la Universidad de Chile inició. Aún cuando sea sólo para reaccionar negativamente hacia él. El pasado inmediato les pertenece. ¿Pero qué decir del presente? ¿Cómo se avista el futuro?

La pregunta es pertinente porque el Instituto del Teatro ha sido y es el organismo rector teatral en Chile. Importa lo que hace e importa, aún más, lo que no hace.

Hoy — Teatro — Hoy

¿Cuál es la realidad del teatro de hoy, en Chile?

Las compañías profesionales vegetan o afrontan serios problemas económicos. Tres compañías profesionales ocupan tres salas con un promedio de menos de doscientas butacas. Una, como la Compañía de Susana Boquet, hace esfuerzos por subsistir. Américo Vargas vive con la espada de Damocles de que los propietarios de su sala se la pidan para dedicarla a conferencias de temas económicos. Lucho Córdoba se tiene que limitar a recordar aquellos buenos tiempos de hace 25 años, cuando podía hasta darse el lujo de cederles su Teatro Imperio a un grupo de universitarios entusiastas que acababan de fundar el Teatro Experimental. Silvia Piñeiro, representa una obra de dos personajes, pues no puede ya financiar una compañía mayor y anuncia su próximo viaje, definitivo, a Argentina. Ella dice que, en Chile, no puede hacerse teatro.

La I. Municipalidad de Santiago ha tenido éxito al auspiciar el Ballet Nacional y la Orquesta Filarmónica, pero, a pesar de su apoyo económico importante, no ha logrado que la Sociedad de Arte Escénico sea una compañía estable y que realice una labor de cierta trascendencia.

Sólo el "Ictus", que recibe subvenciones de particulares, muestra dinamismo y vigor al exhibir un repertorio basado en el teatro contemporáneo y engendrando a un autor de méritos: Jorge Díaz.

Los Teatros Universitarios, hacen lo suyo en forma casi rutinaria. El Teatro de Ensayo muestra su inquietud por el teatro chileno y, ahora, este año, por el teatro latinoamericano. El festejado ITUCH exhibe una buena calidad interpretativa general, pero marca el paso en cuanto a repertorio y respaldo al teatro chileno.

Esto, en cuanto a Santiago y, en el campo teatral, Santiago es Chile. Los movimientos nacidos en Valparaíso han desaparecido y, en Concepción, el que en un tiempo fuera un pujante movimiento, se encuentra en una de sus tantas etapas de reorganización.

Los conjuntos de aficionados nacen y mueren. La mayoría cumpliendo más una función social que artística. Tal vez, se eximan dos de esta calificación: "El Teatro del Callejón" y el Grupo Teknos, auspiciado por la Universidad Técnica.

Mientras tanto, "La Compañía de los Cuatro" sin encontrar sala, piensa en emigrar. Ya lo han hecho algunos jóvenes actores y directores comprobando que no existe un futuro, en Chile, para desarrollar sus vocaciones.

Este es el panorama. No muy alentador, por cierto. Es verdad que hace 25 años, era peor, pero... ¿Toda la labor de 25 años se puede concretar a estos magros logros?

El clima natural del Chile de hoy

Sería injusto responsabilizar de este desalentador panorama del teatro, al ITUCH. Es cierto que él, por su representación y antigüedad, tiene el carácter de organismo rector en el campo teatral, pero hay que reconocer que el ITUCH, al igual que todos los organismos artístico-culturales viven sumidos en el clima espiritual que hoy nos proporciona Chile.

El ITUCH no nació solo ni porque sí. Había en el aire una inquietud renovadora. No se la llamaba revolución, pero sí lo era. Hace 25 años, germinaban nuevas ideas y se vivía una época de inquietud espiritual. El Frente Popular había asumido el Gobierno y cambios profundos principiaban a operar. El arte es el mejor barómetro. El escritor y el artista es el gran testigo de su época y su testimonio no puede ser distorsionado arbitrariamente. Hubo, entre los escritores, una generación del 38. Nació el ballet, nacían nuevas organizaciones musicales, el campo de la plástica se renovó visiblemente. Los artistas e intelectuales chilenos mostraban y reflejaban la íntima inquietud espiritual que remecía a todos los chilenos.

Han pasado 25 años. Ha asumido un Gobierno que llevó como bandera de lucha la realización de cambios estructurales, llamó a su movimiento "revolución en libertad", está cumpliendo honestamente en la medida de sus posibilidades y, sin embargo, artistas y escritores no sólo permanecen mudos, sino que acusan la existencia de un clima que no es propicio para el creador y la corriente emigratoria se acentúa. El barómetro no marca el remecimiento de los espíritus, los cambios profundos, la revolución. Y no es el barómetro el que no funciona...

El escepticismo de Fernando Josseau no es un fenómeno personal, sino general. El teatro no tiene eco en Chile. Nadie se conmueve con un estreno, ninguno abre polémicas, los éxitos y los fracasos se suceden con indiferencia. Pareciera que todo da igual. El ITUCH estrena una obra y fracasa, pero se mantiene dos meses en cartelera. Estrena una obra y tiene éxito, y se mantiene dos meses en cartelera. El público se ha acostumbrado a los "vales", los actores que pertenecen a una "planta" en los teatros universitarios, se limitan a justificar su entrada mensual. Los autores prefieren escribir sobre seguro. Ya

hay una fórmula: "el retrato de la realidad chilena". Ningún Pirandello, Miller o Beckert pueden escribir con nuestros chilenismos, ni referirse a lugares que son conocidos por los espectadores; el autor chileno lo hace. Pero así, está desarrollándose una dramaturgia chata, sin aliento, localista, pedestre. Nadie se arriesga escribiendo una obra fuera de los cánones establecidos. Podría ser un fracaso grande, pero también podría ser un éxito. Se prefiere, en cambio, lo seguro que toma viso de mediocridad. Y si algún autor escribe esa obra, no se la representan por el mismo temor.

El repertorio con que el ITUCH celebra sus 25 años es sintomático. Ninguna obra clásica grande. Ninguna obra chilena original (una adaptación, no es un trabajo de creación). En cambio, se ofrece un "Esperando a Godot" que sirve para acusar cuán poco al día ha estado el ITUCH para traernos lo más importante de la dramaturgia contemporánea mundial, pues su estreno es ostensiblemente tardío: un "Rehén" de Beharn que, si bien es una buena obra, no puede ser un punto de apoyo para un programa aniversario. Y, por último, mostrando un plausible interés por el teatro latinoamericano se elige "La Casa Vieja", obra en cuya selección parece haber primado un criterio político sobre el artístico, ya que no de otro modo se comprende la elección de la obra cubana como primera pieza teatral latinoamericana que se estrena en el Antonio Varas. La producción dramática de nuestro Continente es pobre, pero hay donde elegir obras más representativas.

Pero el aspecto que me parece más grave de la actual situación del teatro en Chile, es la ausencia de renovación de valores. Hay poco interés por entrar a las academias dramáticas y los elementos que egresan de ellas no parecen poseer una preparación idónea. Por otra parte, los propios egresados de esas academias se quejan de la inexistencia de fuentes de trabajo. A este paso ¿Qué sucederá cuando el ITUCH cumpla los 30 años? ¿Qué, sino recitar melancólicamente los famosos versos de Núñez de Arce?

A estas alturas, ya se han rendido todos los homenajes al ITUCH, se ha recordado su nacimiento, su contribución a la cultura chilena, se han evocado nombres señeros. Pero falta el mejor de los homenajes, la mayor muestra de confianza: que la gente de teatro de Chile le pida al ITUCH que emprenda una nueva cruzada, al igual que lo hizo hace veinticinco años. Esta vez, no se trataría de la creación de un movimiento teatral, sino de un movimiento de renovación teatral. Iniciar el estudio del actual estado del teatro en Chile y determinar qué se puede hacer para vitalizarlo, para hacerlo trascendente, que él "importe" a los espectadores y a quienes trabajan en él. Y de este análisis, determinar qué responsabilidad corresponde a la gente de teatro, qué a la comunidad y qué al Estado.

Si así fuera, estos veinticinco años del ITUCH, en vez de ser una fecha de recuerdos, tendría la característica de un punto de partida y no un desvahído punto final.

Sergio Vodanovic